



## MENSAJE PARA LA CELEBRACIÓN POR NUESTROS DIFUNTOS

Noviembre 15 de 2021

**¡Recordar a los que ya no están  
es bueno para el corazón de los que aún estamos!**

*"Sé que mi Redentor está vivo y que al final se levantará del polvo: después de que me arranquen la piel, ya sin mi carne veré a Dios" (Job 19.25-26).*

Queridos hermanos, familiares, amigos, bienhechores,

en los últimos años el número de nuestros hermanos y amigos difuntos ha aumentado considerablemente y esto nos llena de tristeza y dolor. Por eso, este año, quisiera invitarlos a todos y a todas a celebrar su memoria, no sólo con el recuerdo, sino también con el compromiso de nuestra vida como personas consagradas a la misión.

La memoria es la base de nuestra identidad y relación con el mundo en el que vivimos; es el mapa de nuestros recuerdos que nos dice quiénes somos y dónde estamos. De hecho, un apagón de la memoria es suficiente para que ya no sepamos quiénes somos y en qué mundo nos movemos, como les sucede a las personas mayores que pierden la memoria y se pierden en el mundo.

La memoria de los difuntos nos reporta a nosotros mismos y nos convence que la muerte es la puerta estrecha de la verdad. El recuerdo de todos los difuntos pasa, necesariamente para nosotros, a través de la memoria de algunos seres queridos que nos dejaron y que, muriendo, también hicieron morir algo de nosotros. Y en este recuerdo nos muestran el camino de la vida, lo esencial para vivir: el amor. Es a través de la experiencia de pérdidas, interrupciones, separaciones, desapegos, duelos que descubrimos la preciosidad del otro para nosotros, la esencialidad del amor como lo único necesario, como la única palabra que puede darle sentido a nuestro vivir y a nuestro morir. Y es a través de la pérdida radical, nuestra muerte, que podremos ver cara a cara a Aquel que no pierde a ninguno de los que el Padre le ha confiado, Aquel cuyo amor es más fuerte que la muerte (Cfr Jn 6.39).

Como comunidad conmemoramos a todos nuestros seres queridos fallecidos, pidiendo al Padre que confirme la esperanza que el Misterio Pascual ha encendido en nuestros corazones: "... para que junto con nuestros hermanos y hermanas difuntos resucitemos en Cristo a una nueva vida" (oración de la Misa del día de los difuntos).

La memoria de los difuntos, al despertar en el mundo de nuestros afectos el tiempo compartido en el amor hacia las personas más queridas e importantes para nuestras vidas, es relanzada por

la liturgia como una oportunidad para alimentar esa "esperanza que no defrauda", no porque se elimine la experiencia del dolor inevitable o se transforme, sino simplemente porque "*el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo*" (Rm 5.5) y en los corazones de nuestros amados difuntos. La certeza íntima e inquebrantable que late en el corazón del sabio Job se convierte en el grito humilde de oración que la comunidad cristiana dirige confiadamente a su Señor: "*Sé que mi Redentor vive y que al final se levantará del polvo: después de que me arranquen la piel, sin mi carne veré a Dios*" (Job 19.2).

El recuerdo de nuestros seres queridos difuntos nos lleva inevitablemente "*al encuentro con la muerte*" (1 Co 15.31) y a su poderoso valor simbólico, capaz de interceptar los miedos más ocultos arraigados en nosotros. A pesar de la confianza en Dios y en sus promesas, la escucha de la Palabra y las oraciones, la muerte sigue siendo, también para nosotros, un acontecimiento oscuro y trágico, frente al cual sólo podemos reconocernos como "*sujetos a la esclavitud por toda la vida*" (Heb 2.15). Sin embargo, no es tanto la muerte lo que nos aterroriza, sino el sufrimiento que la prepara y la acompaña; sobre todo la conciencia de que las cosas, experimentadas y compartidas con aquellos a quienes hemos amado, pueden y deben desaparecer repentina e irreversiblemente. De hecho, la muerte no es sólo un verbo que se declina hacia el futuro, cuando nosotros también tendremos que abandonar este mundo, sino también al presente. De infinitas maneras y en muchas ocasiones nos toca morir a nosotros mismos, a lo que esperábamos, a los proyectos que hemos trabajado con tanta entrega.

El Evangelio, sin embargo, le da a nuestro corazón una gran voz de esperanza: "*Esta es la voluntad de mi Padre, que quien ve al Hijo y cree en él tenga vida eterna y yo lo resucitaré en el último día*" (Jn 6.40).

El Señor Jesús no eliminó ni la muerte ni el sufrimiento en la experiencia humana. En cambio, agregó otra posibilidad formidable, la de la resurrección, un evento impensable e imposible para nuestros corazones "*aún débiles*" (Rom 5.6) y *frágiles*. Porque en Dios hay un único e incuestionable deseo: que ningún ser humano se "*pierda*" (Jn 6.39) en la desesperación y la soledad. Y si las promesas saben infundir un cierto consuelo, Dios quiso mostrar "*su amor por nosotros en el hecho de que, siendo todavía pecadores, Cristo murió por nosotros*" (Rom 5, 8). Éste es el evento que enciende una gran luz en la oscuridad de nuestro desaliento, que sostiene la memoria a veces todavía afligida por la pérdida de nuestros seres queridos. Movidos por esta esperanza, hoy recordamos el hecho de que, en Cristo, nada ni nadie puede perderse. Y transformamos los recuerdos, la nostalgia y los sentimientos en una esperanza viva; en la dulce y confiada espera de la "*Pascua eterna*", en una "*morada de luz y paz*" para todos (oración después de la comunión).

En la convicción de que amar es, para nosotros los creyentes, el testimonio de la resurrección, saludo fraternalmente a todos y cada uno y les deseo una buena y santa celebración de la memoria de nuestros queridos misioneros, misioneras, familiares, bienhechores y amigos difuntos.

¡Fraternalmente, ánimo y adelante *in Domino*!



Nairobi, 05 de noviembre de 2021.